LEVANTAD LAS PIEDRAS Y TENED FE

1. EL CONTEXTO

Como se ha hecho costumbre desde hace más de diez años, en Pastoral Juvenil Vocacional de la Provincia Vedruna de Europa cada nuevo curso buscamos inspiración en alguna expresión, acontecimiento o rasgo de Joaquina y del carisma Vedruna. Y lo hacemos desde la convicción del valor del don recibido y de que la experiencia vital Joaquina tiene mucho que aportar a los jóvenes de hoy. En Joaquina buscamos y siempre encontramos.

Este año como lema vamos a rescatar una expresión de un relato, conocido para muchas, que se recoge en nuestra tradición familiar y que es, además, de gran actualidad, pues aquello que vivieron Joaquina y las 15 hermanas que le acompañaban sigue sucediendo hoy en la multitud de personas que se ven forzadas a huir, a dejar su tierra, su casa, su familia, etc. para poder, sencillamente, vivir. Nos referimos al imperativo *"Levantad las piedras y tened fe".*
Para comprender estas palabras de Joaquina hemos de trasladarnos al tiempo y al espacio en que fueron pronunciadas, conocer a las protagonistas del relato y la situación en que se encontraban, para así descubrir después el valor y el sentido que puede aportarnos en nuestras circunstancias concretas.



2. EL RELATO Y SUS PROTAGONISTAS

Nos situamos en el año 1840, en Berga (Cataluña), en el contexto de la guerra entre carlistas y liberales. Hasta allí había llegado Joaquina en 1837, poco después de haber estado encarcelada en Vic durante cinco días a causa de las ideas políticas de su hijo. En la ciudad de Berga, Joaquina y un grupo de hermanas de la Casa Madre y del Noviciado que habían tenido que salir de Vic, encuentran refugio y se hacen cargo de un hospital militar que los carlistas allí habían establecido.
En 1840, cuando la guerra llega a Berga, Joaquina y las Hermanas, de forma apresurada, se ven forzadas a huir a Francia con el fin de evitar represalias. Estas mujeres[1] cruzaron a pie los Pirineos en condiciones de extrema dureza y

[1] Aquí nuestro reconocimiento para aquellas Hermanas, muchas de ellas muy jóvenes; mujeres valientes, resilientes y decididas que permanecieron con Joaquina hasta el final. No les detuvo el miedo, el hambre ni la sed. Porque había Alguien que, en medio de las cañadas oscuras que hubieron de atravesar, sostenía, acompañaba y daba sentido a sus vidas. Aquella comunidad se mantuvo unida en medio de la tribulación porque se tenían unas a las otras y en medio de ellas, el Señor, alentando la vida en las condiciones más penosas. Tres de estas Hermanas murieron en el exilio: Francisca Casas, Dolores Miró y Josefa Pallés.

precariedad hasta llegar a Perpignan, donde vivieron tres años de exilio.
De lo que supuso para ellas esta huida, Antonia Casadesús y Vicenta Coder, dos de las hermanas que formaban parte de aquel grupo nos ofrecen su testimonio:

"A causa de las continuas y alarmantes noticias que circulaban por la villa de Berga empezó ésta a alborotarse en gran manera, por lo cual fue preciso a las Hermanas encargadas del Hospital de dicha villa abandonarlo, y emigrar a Francia a fin de librarse del peligro que las amenazaba. Salieron pues del Hospital la tarde del 3 de julio de 1840 la Vble. Madre Fundadora y algunas Hermanas delicadas de salud, y entre nueve y diez de la noche las demás que habían quedado en él, las cuales, por la urgente noticia que les dieron de que huyesen para no ser víctimas de la furia de sus enemigos, tuvieron que salir a toda prisa y con gran tribulación de suerte que ni aún tuvieron tiempo de concluir la cena ni doblar la mesa en la que se hallaban a la sazón. Salieron del Hospital, pero no sin mucha pena por tener que dejar tan desconsolados y sin amparo a los pobres enfermos, algunos de los cuales arrastrando las siguieron hasta que se lo permitieron sus escasas fuerzas[2]".

El relato recoge el miedo ante las noticias que llegaban, la angustia de decidir con premura, el desgarro ante el obligado abandono de los enfermos del hospital, el despojo de salir con lo puesto, y permite entrever lo que pudo suponer para ellas salir, ponerse en camino, de noche, con el fin de salvar la vida.

No podemos resistir la tentación de traer a nuestra memoria a una de las Hermanas que formaba parte de aquel grupo. Su nombre, Francisqueta Pasarell. Hija única y huérfana de madre; siendo una niña, su padre la dejó a cargo de las Hermanas de Vic; y éstas la llevaron con ellas a Berga. Dice el P. Nonell, biógrafo de Joaquina, que Francisqueta *"aficiónose tan de corazón a las Hermanas, que en tan azarosas circunstancias nunca sufrió apartarse de ellas; antes al contrario, no suspiraba por otra cosa más que por verse contada entre el número de las hijas de la Madre Fundadora, a quien amaba como a madre. Al salir de Berga las Hermanas para la emigración, las acompañó a Francia, viviendo con ellas hasta que tuvo la edad requerida para vestir el hábito[3]".* Tenemos aquí a una joven cuya historia vocacional se va gestando en el vínculo con Hermanas que se convierten para ella en testigos, en referentes, en unas condiciones donde la vida se encuentra amenazada. En una situación de tanta precariedad, Francisqueta descubre su "lugar en el mundo" y decide quedarse. Y al decidir quedarse, se pone en camino, compartiendo con sus compañeras de viaje el mismo destino. ¿No nos resuena algo de la historia de Rut y Noemí? "*No insistas en que me separe de ti. Donde tú vayas, yo iré; donde tú habites, habitaré; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde tú mueras, moriré y allí me enterrarán. Sólo la muerte nos ha de separar."* (Rut, 1,16-17)

[2] (F.II, pág 30) Relación de Antonia Casadesús. Formó parte del grupo que con Joaquina emigró a Francia en 1840
[3] Jaime Nonell, S.J., Vida y virtudes de la Venerable Madre Joaquina de Vedruna de Mas, tomo II, pág 9

Son tiempos complejos los nuestros, como los de Joaquina, Francisqueta y las demás, aunque quienes leemos estas líneas no vivimos exactamente aquellas circunstancias tan dramáticas. Pero vivimos otras. Y desde nuestro hoy brota alguna que otra pregunta. ¿Qué testimonio de fe, de entrega fiel y de sentido dejamos traslucir en aquello que a cada una nos toca vivir? ¿Qué alegría y qué tesoro ofrecemos a las *Francisquetas* de hoy? ¿Están nuestras vidas decididamente entregadas, comprometidas hasta el final, pase lo que pase, como Rut con Noemí?

Dejamos abiertas las preguntas, las podemos sostener a nivel personal, comunitario, institucional, etc. Ahora continuamos nuestra reflexión.

Para ello vamos darle voz a otra protagonista de la huida a Francia, Vicenta Coders, quien narra en primera persona el relato donde se encuentra la expresión que hemos tomado como lema, *"Levantad las piedras y tened fe".*

"Cuando íbamos a Francia, durante el camino o viaje teníamos nosotras todas mucha necesidad y, sobre todo, mucha sed, en un punto donde no había esperanzas de poder remediarla. Cuando nuestra Madre advirtió la pena y necesidad que nos molestaba dijo: "Levantad esa piedra". Y nosotras, como dicha piedra era muy grande y por consiguiente superior a nuestras fuerzas, temíamos hacerlo por no encontrarnos con fuerzas suficientes; más ella repitió: "Levantad esa piedra y tened fe".
Nosotras, animadas con sus palabras, todas nos pusimos con grandes bríos a levantar la piedra señalada por ella.
¡Cosa extraña y milagrosa!
Aquella enorme piedra pesó para nosotras menos que la paja. Después de esa piedra había otra, la que también nos mandó levantar; luego levantamos una tercera, que salió mojada, aún cuando el terreno se hallaba seco y no había señal de agua. El terreno que tapaban las tres piedras estaba mojado y la Madre nos mandó que con los dedos lo raspásemos.
Obedeciendo nosotras, salió un agua cristalina con la que apagamos nuestra sed, y no sólo la sed, sino que quedamos también tan saciadas como si hubiéramos comido los más exquisitos manjares[4]*."*

Seguramente caben diferentes relecturas del relato y aquí no pretendemos agotarlas todas. Lo que sí creemos seguro es que esta historia familiar de hace casi 200 años puede "tocarnos" de nuevo a nosotras y a nuestros jóvenes.

3. UN CAMINO LARGO E INCIERTO

"...durante el camino o viaje teníamos nosotras todas mucha necesidad y, sobre todo, mucha sed, en un punto donde no había esperanzas de poder remediarla".

[4] (F.II, pág 37) Relación de Madre Vicenta Codés. Formó parte del grupo que con Joaquina emigró a Francia en 1840

Podemos imaginar a este grupo de mujeres que caminan juntas hacia Francia; paso a paso atraviesan la montaña sin saber qué les espera. Durante el camino, calor, cansancio, hambre y sed; probablemente tendrían también los pies heridos a causa de la dureza del camino y del calzado poco adecuado; y el miedo y la incertidumbre en el cuerpo y el corazón. Dice Vicenta que estaban ya en un *punto donde no había esperanzas de poder remediarla.*

¿Quién limpiará nuestra frente? ¿Quién dará sombra al calor?
¿Quién secará el llanto amargo? ¿Quién calmará nuestro ardor?[5]

En estas preguntas u otras similares que seguramente habitaban en el pensamiento y en el corazón aquellas Hermanas, nos resuena otro éxodo; el del pueblo de Israel cruzando el desierto tras su salida de Egipto. Aquel pueblo que marchaba guiado por Moisés dejando atrás la opresión ahora también tenía que hacer frente a la sed, al cansancio y a la tentación de rendirse en la aridez del no saber y de un futuro incierto.
Y tanto ellas atravesando los Pirineos, como el pueblo de Israel atravesando el desierto, nos señalan la misma vulnerabilidad y precariedad que la de los más de 117 millones de personas[6] que en nuestro tiempo se ven forzadas a abandonar su hogar, para poder, sencillamente, salvar la vida.

¿Y nosotras? Este episodio también nos remite al camino de la existencia humana. Y es que, salvando todas las distancias, el relato nos conecta con el sentido de nuestro vivir, con nuestra propia vulnerabilidad, con nuestra sed, con nuestro cansancio y con las preguntas que nos acompañan en este tramo de la vida, aquel en que cada una está. Sí, hoy también nosotras transitamos, a nivel personal, comunitario, social y eclesial por sendas no exentas de dificultades, preguntas, miedos, etc.

¿Y los jóvenes? También a ellos les toca habitar en un mundo cuyo suelo es inestable a todos los niveles; donde todas las certezas anteriores son cuestionadas. Muchos de ellos han de lidiar, además, con la presión de tener “éxito”, la precariedad económica, inestabilidad laboral, búsqueda de identidad y de sentido, la soledad tras las pantallas o el miedo a tomar decisiones definitivas de cara al futuro.

En su reciente visita a Madrid, el papa León XIV quiso ahondar en estas cuestiones en el diálogo que mantuvo con los jóvenes en la Vigilia de Oración[7] en la plaza de Lima. En una época marcada

[5] Ain Karem (2004), «Levantad las piedras», en el CD *Alégrate* .
[6] ACNUR. (2026). *Tendencias Globales: Desplazamiento forzado en 2025*. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. acnur.org
[7] León XIV, "Discurso en la vigilia de oración con los jóvenes en la Plaza de Lima" (Madrid, 6 de junio de 2026), https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2026-06/papa-madrid-vigilia-con-los-jovenes-plaza-lima-sed-humanos.html

por la incertidumbre, la hiperconectividad, la presión de las redes sociales y la dificultad para encontrar horizontes duraderos, el papa escuchó las preguntas de los jóvenes y ofreció respuestas para el camino. Recogemos, por su valor, algunas de estas invitaciones que el papa lanzó a los jóvenes en Madrid:

1. **La llamada a la autenticidad.** "*¡Sed humanos! Hombres y mujeres de carne y hueso. No apariencias, sino rostros fiables. Personas que buscan la justicia porque tienen hambre de ella*". En una cultura marcada por el cultivo de la apariencia y de la imagen, el papa invita a abrazar la propia fragilidad y a vivir con autenticidad la vida.

2. **El silencio frente al ruido.** *"¡Muchas veces vamos con audífonos, vamos con la música, vamos con la distracción y no sabemos estar en silencio! Creo que muchas veces es precisamente en esta experiencia de silencio donde Dios puede hablarnos o donde podemos discernir la voz de Dios. Cuando buscamos el silencio, decidimos qué no escuchar y de qué ruidos no dejarnos distraer»*. El papa propone el silencio no como vacío o aislamiento, sino como el espacio donde las preguntas más importantes pueden emerger y encontrar respuesta.

3. **No tener miedo al compromiso ni a la vocación.** *"No tengáis miedo de pensar en una vocación".* Uno de los mensajes más insistentes del papa fue la invitación a redescubrir la vocación como respuesta a las inquietudes más profundas del corazón humano. En una cultura donde muchos jóvenes experimentan incertidumbre ante el futuro, León XIII presentó la vocación no como una renuncia a la felicidad, sino como el descubrimiento de una misión capaz de dar unidad y sentido a toda la existencia.

4. **El valor de la comunidad:** *"En comunidad, en los grupos de jóvenes, en la familia, podemos todos aprender la belleza de nuestra fe". Todas,* jóvenes y adultas necesitamos compañeras/os de camino con quienes compartir la vida y la fe, espacios de fraternidad donde poder sostenernos unas a otras en lo cotidiano y en los trances más difíciles.

5. **Una humanidad nueva.** *"Vosotros podéis cambiar la historia con el amor".* Frente al desánimo, el conformismo y la tentación de la indiferencia ante injusticias como el drama de los refugiados, el papa propone a los jóvenes ser "*la chispa de una humanidad nueva... Vosotros podéis cambiar la historia. ¡Hacedlo con el amor!".*

4. LEVANTAR LAS PIEDRAS Y TENED FE: ANCLADAS EN LA ESPERANZA

Continuamos cerca de este grupo de mujeres que caminan agotadas, hambrientas y sedientas, con miedo al futuro y la esperanza debilitada. ¿Qué les esperará?

En ese grupo va Joaquina. Ahí está ella para animar y alentar, para infundir seguridad y confianza en condiciones extremas. ¿Qué fuerza le movería? ¿En dónde estaría anclada esa Esperanza que le sostenía y que a la vez sostenía a las demás? ¡Imaginemos la escena!

Joaquina atenta, trascendiendo su propia hambre y sed, acompañando y transmitiendo posibilidad

de vida a esta comunidad de 15 mujeres que estaban ya sin fuerzas.

- *¡Levantad esa piedra!*
- *¿Cómo?*

Hizo falta una segunda vez.

- *¡Levantad esa piedra y tened fe!*

Como el pueblo de Israel atravesando aquel inhóspito desierto, bajo la guía de Moisés, buscando la Tierra que le había sido prometida por su Dios, así también marchaban ellas, con la única certeza de la presencia del Dios que sostiene en cada trance y adversidad que hay que atravesar en la vida.

Dejemos que el imperativo *¡levantad las piedras y tened fe!* resuene en nosotras, permitamos que atraviese las coordenadas de espacio y tiempo. En medio de la radical vulnerabilidad, Vicenta, Francisqueta, Antonia, Joaquina y las demás no se detuvieron, porque caminaban unidas y guiadas por la sed que les alumbraba[8]. Junto a sus nombres, los nombres de nuestras matriarcas, podemos poner también los nuestros, pues también andamos nosotras necesitadas de levantar algunas piedras y de avivar nuestra fe y nuestra esperanza.

Caigamos en la cuenta, además, de que no se dirige Joaquina a una hermana en particular, sino a todo el grupo. Bien sabe ella que las piedras más grandes y pesadas las tenemos que levantar todas juntas. Y no señala tampoco una piedra cualquiera, sino "esa piedra". Era necesario concentrarse en aquella piedra y no hacer esfuerzos inútiles. Se trata en el fondo de la fuerza y perseverancia de la comunidad para superar los obstáculos y dificultades. Como aquellos intrépidos amigos que se atrevieron a abrir el techo de la casa y descolgar a su compañero para ponerle en presencia de Jesús[9].
Qué diferente es todo cuando podemos compartir el peso de lo que nos abruma, nos asusta y nos inquieta con otras y otros que caminan a nuestro lado; con quienes tienen una palabra de aliento, un gesto, un "estoy aquí", "vamos adelante".

¿Quiénes son esas personas para ti? ¿Las puedes reconocer?
¿Para quiénes eres tú esa presencia que descansa, acoge, escucha y comprende el paso que otras cargan?

Eran tres las piedras que cubrían el agua. Tres grandes piedras que había que mover para llegar al agua que podía saciar su sed.

[8]Berthier, J. (1988). De noche iremos. En *Alleluia*. Ateliers et Presses de Taizé.

[9] Mc 2,1-12

¿Cuáles son las piedras que hoy sepultan el agua que anhelas para saciar tu sed? ¿Qué nombre tienen?
¿Qué piedras te sientes invitada a levantar para llegar al Agua Viva?

Y pudieron levantar la piedra. Y debajo había otra.
Y después otra. Y estaba mojada. Hubo que raspar, pero allí estaba el agua cristalina, el Agua Viva. En lo profundo.
Sólo desde la fe se llega a encontrar el agua que devuelve la vida y recupera las fuerzas para seguir el camino. Las tres grandes piedras que cubrían el manantial representan los diferentes estratos de cansancio, escepticismo, desánimo o desafección que tantas veces sepultan nuestra esperanza. Joaquina invitó a raspar la tierra seca: tras el esfuerzo confiado, brotó el agua cristalina que sació su sed y devolvió el aliento para seguir el camino. Solo desde una fe viva y perseverante podremos raspar la superficie y descubrir la presencia de nuestro Dios que, contando con nosotras, hace posible todas las cosas. Y así, escribiremos un nuevo relato de sentido que, quien sabe, para las generaciones futuras quizás pueda ser inspirador como lo es éste para nosotras hoy.

Equipo PJV
Provincia Vedruna de Europa